

Esto mismo sucedió en los demás países de la Europa, en los que, como en Francia, mientras que las santas reinas, inspirando con sus ejemplos la piedad cristiana á los príncipes, contribuían poderosamente á formar las monarquías cristianas; *las mujeres religiosas*, inspirando también con sus ejemplos el patriotismo cristiano á los pueblos, contribuyeron poderosamente á formar las naciones cristianas. No tenemos el tiempo necesario para entrar en más largos detalles sobre esta materia. Nos contentaremos, pues, con notar aquí, en general, que donde quiera que la mujer cristiana se presentaba entonces era la reformadora de las costumbres. Presidiendo los torneos, y aplaudiendo únicamente en ellos la justicia, la generosidad y el verdadero valor, alejaba de aquellos combates todo cuanto había en ellos de inmoral y de feroz entre los paganos, y por su influencia la época de la caballería fué una época de civilización, cuya causa y cuya prueba era la mujer cristiana de aquel tiempo. Aquel respeto, aquella especie de culto que el caballero profesaba entonces á la mujer, era una prueba de que la civilización iba á penetrar en sus costumbres; porque no hay civilización sin el respeto á la mujer, y donde quiera que la mujer es oprimida se encuentra la barbarie. Por otra parte, el imperio que la mujer ejercía sobre el caballero no tenía otro objeto que el de mantenerlo en la senda del honor y del deber. Por consiguiente, la mujer cristiana fué quien formó el espíritu público y las costumbres sociales de los pueblos cristianos. Y si la Francia ha sido por tantos siglos el país más civilizado del mundo, es porque ha sido el país donde la mujer cristiana se ha mezclado en la religión y en la política, y donde ella ha desempeñado, en compañía del sacerdote, un papel serio é importante en los negocios públicos.

Bien sé que la aristocracia ha cometido algunas injusticias. No se le puede perdonar, por ejemplo, el haberse dejado arrastrar por la ambición á las grandes capitales, donde se corrompía, gastando en ellas neciamente toda su fortuna, y dejando con frecuencia en ellas, más neciamente aún, su honor y su fe. Pero no es ménos cierto que, salvo algunas excepciones, el gran señor que permanecía en sus tierras, entre sus vasallos, acababa por hacerse el padre de ellos. No debemos olvidar que, especialmente en Francia, los paisanos de la heroica Vendée pelearon con igual heroísmo por el palacio y por la Iglesia. Esto sucedía porque las grandes señoras re-

primian por una parte el carácter brusco de sus esposos, y por otra habían convertido los palacios en asilos de los desgraciados. La mujer francesa (permítame que se lo diga con mi franqueza siciliana) no es ligera, pequeña, algo filósofa y aún loca, sino en París. En sus tierras ha sido siempre sabia, piadosa y grande; en ellas ha sido la madre de los pobres y el espejo de todas las virtudes del Evangelio.

Así, pues, la mujer verdaderamente católica, en el trono ó en las casas particulares, en el palacio ó en la choza, en medio del mundo ó separada de todos los lazos del siglo, virgen ó casada, madre ó viuda, seglar ó religiosa, ha sido por espacio de diez siglos, siempre y en todas partes, grande, poderosa, admirable, prodigiosamente benéfica bajo el punto de vista político, lo mismo que bajo el punto de vista religioso. En efecto, ella fué quien defendió á los grandes Papas y formó los grandes soberanos, ella fué quien educó á los santos obispos é inspiró á los santos señores. Por ella consiguió el clero secular y regular edificar tantas iglesias, fundar tantos monasterios y cubrir el suelo de la Europa de tantos establecimientos piadosos y caritativos. Por ella ha destruido la Iglesia las herejías, ha propagado la verdad, ha difundido la ciencia, ha reformado las costumbres, ha infundido el Cristianismo en las masas, ha cristianizado los pueblos y ha civilizado el mundo.

Tal fué la mujer católica en la Edad Media. Ahora vamos á tratar de sus méritos y de sus grandezas en los tiempos modernos.

## QUINTA Y ÚLTIMA ÉPOCA.

LOS TIEMPOS MODERNOS, Ó LA MUJER CATÓLICA REPARANDO Y CONTENIENDO LOS ESTRAGOS DEL PROTESTANTISMO Y DE LA FALSA FILOSOFÍA, Y MULTIPLICANDO LAS OBRAS DE RELIGION Y DE CARIDAD.

§ LVI. — Algunos detalles sobre el descubrimiento del Nuevo Mundo. — Grandes designos de Dios en este descubrimiento. — Gran piedad de Cristóbal Colón, y carácter eminentemente religioso de su expedición. — Este gran acontecimiento se verificó también por el concurso generoso de la mujer católica, Isabel de España.

Semejante la Edad Media á una antorcha que, antes de apagarse, esparce el más vivo resplandor, antes de ir á dormir en el silencio

de la eternidad, habia señalado su fin con las más grandes, las más fecundas y las más luminosas de todas las invenciones del genio del hombre: la brújula, la pólvora y la imprenta, de las cuales la primera, como ya hemos dicho, le dió el imperio de los mares; la segunda, el imperio de la guerra, y la tercera, el imperio de las inteligencias. En efecto, con el auxilio de la brújula y de la pólvora el mundo antiguo descubrió y conquistó el Nuevo Mundo.

Mas este descubrimiento, el más grande, el más fecundo y el más importante de todos los acontecimientos que desde el establecimiento del Cristianismo se han verificado en el mundo, y que cambió la faz del mundo, lo realizó Cristóbal Colon, el hombre más grande de los tiempos modernos, por el concurso de Isabel la Católica, á quien Donoso Cortés llama, con mucha razon, *la reina más ilustre, la mujer más notable de España, tan famosa en todas las naciones por sus mujeres notables y sus reinas ilustres* (*Essai, etc.*, lib. II, capítulo VIII).

Los filósofos, *espíritus fuertes*, de aquel tiempo, estúpidos como en todos tiempos, é incapaces de comprender nada sublime y grande, sólo vieron en el proyecto de Colon el desvario de una imaginacion demente; los reyes sólo vieron en ella una gigantesca imposibilidad; los hombres más indulgentes y más discretos sólo vieron en ella una temeridad fuera de toda proporcion. Así fué que Colon, despues de ocho años de solicitudes infructuosas, acompañadas de disgustos y de decepciones sin número en Italia, en Portugal, en Inglaterra, en Francia y aún en la misma España, ante el Rey de Castilla, desesperando de poder encontrar un espíritu bastante elevado para comprenderle y un poder bastante generoso para secundar sus designios, rechazado por unos y ridiculizado por otros, iba ya á volverse á Italia y á abandonar definitivamente la grande idea de descubrir un nuevo mundo, que habia formado el objeto de las meditaciones, de las preocupaciones y de las esperanzas de toda su vida.

Mas los grandes pensamientos del hombre, como la misma sabiduría pagana lo reconoció, no son otra cosa que una inspiracion del espíritu de Dios: *Nemo unquam, sine aliquo afflatu divino, magnus vir fuit* (Cicer). Así, pues, el Espíritu de Dios no permitió que el gran pensamiento que habia inspirado á Cristóbal Colon, de descubrir un nuevo mundo, se desvaneciese en la nada de las quime-

ras de la imaginacion humana, y dispuso que ciertas almas piadosas y llenas de fe fuesen las únicas que comprendiesen toda la importancia y toda la grandeza de un proyecto que no habia comprendido la ciencia ni la política.

En primer lugar, un santo religioso, el P. Juan Perez, prior de Prado, fué quien exhortó á Colon, abatido por tantos obstáculos, á que tuviese ánimo y á que demorase su vuelta á Italia hasta que él hablase á la Reina. En segundo lugar, el piadoso y rico señor Luis de San-Ángel, sabiendo que el tesoro Real estaba exhausto á causa de los gastos ocasionados por la guerra contra los moros, puso á disposicion de Colon y de la Reina toda su fortuna. Finalmente, esta misma Reina, tan notable por el fervor de su religion como por sus talentos de hombre de Estado, una vez allanada la dificultad material de la falta de dinero, abrazó con entusiasmo el proyecto del intrépido navegante y no dudó un solo momento de su venturoso resultado. En prueba de esto mandó al momento á su secretario de Estado, Juan de Colonia, que expidiese en favor de Colon un despacho en el que se le declaraba *gran almirante del Océano y virey de la tierra firme y de las islas que iba á descubrir*; ella dió al momento todo cuanto tenía de más valor, y proporcionó los objetos del culto y todo lo demas necesario para la expedicion. Así fué que el dia 7 de Setiembre de 1498, esta memorable expedicion, compuesta de tres naves, con la cruz enarbolada en el palo mayor de la nave almirante, á la que Cristóbal habia puesto por nombre *Santa María*, se dió á la vela, en el nombre de Dios y de la *Santa Virgen Inmaculada*, para ir á conquistar, no tanto nuevos dominios para España, cuanto nuevos pueblos para la fe de Jesucristo.

En efecto, el descubrimiento del Nuevo Mundo, no tanto fué un acontecimiento político como un acontecimiento religioso; y porque fué un acontecimiento esencialmente religioso, fué tambien un acontecimiento inmensamente político, supuesto que todo gran acontecimiento político tiene en la religion su razon y su fundamento, y no es otra cosa que un reflejo de un pensamiento religioso. La causa de esto fué que, en el orden providencial, habia llegado el tiempo de la *misericordia divina*, en que tantas naciones bárbaras, *sentadas* por tantos siglos en las tinieblas y en la sombra de la muerte, debian abrir los ojos á la luz del Evangelio.

Efectivamente, tres veces rebelada la tripulacion de las naves

mandadas por Colon, quiso arrojarlo á la mar; tres veces quisieron los marineros volverse atras; pero los vientos, constantemente contrarios, los obligaron, á su pesar, á seguir adelante. Una mano invisible empujaba aquella flota, encargada de la salvacion de tantos millones de almas; y como todos los cálculos y las previsiones humanas, el descubrimiento del Nuevo Mundo se hizo tan sólo en treinta y cinco dias de navegacion, que en aquel tiempo apenas bastaban para atravesar la Francia.

\* El dia 11 de Octubre soplabá el viento con desigualdad. Esta circunstancia hizo conocer al gran marino que la tierra no podia estar léjos. Todos se reunieron como de ordinario para hacer la oracion de la tarde. Cuando ésta se acabó, Cristóbal, tan piadoso cristiano como gran capitán, dijo á toda su gente: «Dad gracias á Dios por el favor que os ha concedido en haberos conservado durante un viaje tan largo y tan peligroso. Los indicios de tierra son cada vez más ciertos; velad con cuidado durante la noche, y la veréis al apuntar el dia.» Todos esperaban el dia con una impaciencia fácil de imaginar. Todos se agrupaban á los costados de las naves, deseando cada cual ser él primero en contemplar aquella tierra, por la que tanto habian suspirado, y que la mayor parte de la tripulacion habia desesperado de ver jamas.

En fin, ella se mostró al apuntar el dia, y todos gozaron del espectáculo de unas colinas revestidas de la vegetacion más rica y más brillante. Las tres naves se dirigieron hácia ella al apuntar el sol. La *Pinta*, que era la que iba delante, entonó el *Te Deum*, que, á una señal dada por el héroe cristiano, fué acompañado por la gente de las otras naves, derramando lágrimas de gozo y de reconocimiento. ¡Esta era acaso la primera vez, despues de millares de años, que aquellos aires resonaban con las alabanzas del Criador y de su Hijo, el Salvador de los hombres! Al mismo tiempo todos los marineros se arrojaron á los piés de Colon y le pidieron perdon por los disgustos que le habian causado. Colon los estrechó á todos, uno á uno, contra su corazon, y esta fué la única venganza que tomó de su conducta insolente y de sus proyectos siniestros para con él. Habiendo anclado las naves en una bahía de la primera de las islas Lucayas, todos permanecieron á bordo, esperando que Colon fuese el primero que descendiese á tierra. Á él le pertenecía ser el primero que imprimiese las huellas de un pié cristiano en el

Nuevo Mundo, que su fe, su valor y su constancia acababan de descubrir. Él estaba ricamente vestido, y con la espada desnuda en la mano. Él se arrodilló con lágrimas en los ojos; él enarboló por primera vez, entre las banderas de España, una cruz en aquella tierra, desolada por la supersticion; él besó aquella tierra; él adoró y dió gracias á Dios, y todos los que le habian seguido hicieron lo mismo. Las miradas de todos se dirigian á él; todos le contemplaban con una admiracion de ternura y con un respeto religioso. Todos creian leer en su noble frente los pensamientos sublimes que ocupaban entónces su gran entendimiento, y los sentimientos piadosos que agitaban su gran corazon. Él se levantó, y con ese aire de majestad, de autoridad, de poder y de profecía, que es propio de los grandes hombres del Cristianismo, exclamó: «*En el nombre de Jesucristo, Hijo de Dios, y de sus fieles siervos Isabel y Fernando, tomo posesion de este Nuevo Mundo; yo pongo por nombre á esta isla SAN SALVADOR, para indicar que desde ahora, lo mismo esta tierra que todas nuestras conquistas futuras serán consagradas al Salvador de los hombres.*» La segunda isla que reconoció la llamó la *Concepcion*, la tercera *Isabel* y la cuarta *Fernandina*. Así, pues, tan modesto como grande, absorto en el pensamiento del Dios Salvador y su Santísima Madre, sus Señores del cielo, y de Isabel y Fernando, sus señores de la tierra, se olvidó absolutamente de sí mismo.

Su regreso y su arribo á España, á los ocho meses de haber salido de ella, fué un verdadero triunfo. En todas las ciudades que atravesaba de camino para la córte era recibido con repique de campanas; todas las ciudades le salian al encuentro á larga distancia; los pueblos se arrodillaban á su paso. Pero el personaje que más se alegró de su regreso fué Isabel. Á ella le pertenecía honrar más que todos al héroe, á quien habia comprendido más bien que todos, y sostenido y ayudado, contra el parecer de todos. Ella quiso recibir á Colon con los más grandes honores. Sentada en su trono, con el rey á su derecha y rodeada de todos los grandes de España y los dignatarios de la Corona, cuando Colon se presentó en la sala, se levantó ella, lo mismo que su esposo, y con los ojos radiantes de gozo é inundados de lágrimas, parecia que queria abrazar al grande hombre, y no se sentó sino despues que Colon, por su órden, se cubrió como un grande de España y se sentó el primero en un sillón que se le habia preparado expresamente delante

del trono. Los indios que él había traído del Nuevo Mundo habían conservado sus vestidos, y permanecieron de pié cargados de objetos preciosos y de producciones raras de aquel rico suelo, como triunfos vivientes de la conquista pacífica del Alejandro moderno. Colon dió cuenta de su gloriosa expedición con el acento de la mayor modestia, atribuyendo sólo á Dios y á SS. MM. Católicas el feliz resultado de ella. Todos le escuchaban con un silencio y un interés sin igual. Terminada su relación, la grande y piadosa Reina descendió del trono y se postró con la faz contra la tierra, adorando y dando gracias al Señor; y levantándose despues, entonó el cántico del reconocimiento cristiano, que fué acompañado por toda la córte, y la sala resonó largo tiempo con las afectuosas aclamaciones al hombre que Dios había hecho tan grande, y que acababa de engrandecer á su vez la Corona y la nación española.

Observemos tambien que en aquel siglo iba á nacer el más orgulloso, el más impudente y el más furioso de los heresiarcas Lutero, y que una gran parte de la Europa, extraviada y arrastrada por su apostolado satánico (el mismo Lutero se confesó inspirado y aconsejado por Satanás), de todos los errores, apoyándose en todas las pasiones, se iba á rebelar contra la Iglesia y á salir del gremio de la Iglesia. Por consiguiente, Dios, que se complace en hacer que nazca al lado del mal el remedio que debe neutralizarlo, y en reparar con nuevas conquistas y nuevas glorias las pérdidas de la Iglesia, quiso indemnizar á la Iglesia con el descubrimiento del Nuevo Mundo, de tantos pueblos como la habían de abandonar en el mundo antiguo, y abrir á los hombres llenos del Espíritu Santo campos inmensos donde hacer conversiones, al mismo tiempo que el genio del mal abría á los hombres llenos del espíritu del infierno vastos campos donde hacer apostasías; porque es indudable que los misioneros de la verdad en América han dado á la Iglesia mayor número de católicos que los misioneros del error le han arrebatado en Europa, y que Colon concibió su proyecto del descubrimiento del Nuevo Mundo el mismo año en que nació Lutero. Serán, pues, tan ciegos como impíos los que no quieran ver en la coincidencia tan exacta de estas circunstancias más que la obra del acaso y de las pasiones, en lugar de ver la conducta admirable de la Providencia y la armonía de los profundos designios de Dios. Finalmente, ¿se puede concebir que un hombre pudiese obstinarse

con tanta tenacidad, y empeñarse con una abnegación tan completa de su honor y de su vida en una empresa tan peligrosa, é ir á buscar al través del inmenso Océano nuevos continentes, cuya existencia nadie se la aseguraba, á no ser que se le suponga impelido por un instinto profético y animado por esa confianza que en Dios es la única que hace al hombre arrostrar todos los peligros y hacerse superior á sí mismo? (1).

Así, pues, nada nos impide mirar á Cristóbal Colon como el primero y el verdadero misionero de los pueblos del Nuevo Mundo,

(1) La *Historia verdadera de Cristóbal Colon*, que publica en estos momentos el sabio y celoso escritor católico M. Roselly de Lorgues, va á probar al mundo con documentos irrecusables que este grande hombre era ante todo un gran cristiano y un gran santo, y que porque fué un gran santo y un gran cristiano fué tambien un grande hombre. En su pensamiento, el objeto de su inmensa empresa no era el de añadir nuevos florones á la corona de un rey de la tierra, sino el de extender en la tierra el imperio del Rey del cielo. Se sabe, en efecto, que, no con los cosmógrafos ni con los grandes navegantes, sino con su suegra, mujer muy piadosa, era con quien hablaba frecuentemente de su proyecto favorito, de su idea colosal, y que por sus frecuentes conversaciones que tuvo con ella sobre este proyecto, fué por lo que se afirmó en él y lo creyó fundado, como inspirado por Dios (De Tou., *Hist.*, lib. 1). Esta matrona era la viuda del famoso Peristiello, que había descubierto las islas de la Madera y de Porto-Santo; y ella recordaba con un santo gozo, y daba continuamente por ello gracias á Dios, que su esposo tuvo el honor y la dicha, al descubrir aquellas islas, de servir de instrumento á la misericordia de Dios para con sus habitantes, que, de idólatras que eran, habían abrazado todos el Cristianismo. Excitado por tal ejemplo y por tales discursos, quiso Colon participar, en mayor escala, del mismo honor y de la misma dicha.

Monsieur Roselly de Lorgues va á referir tambien, á propósito de Colon, el hecho siguiente, capaz por sí solo de convencernos de que Colon era un hombre de fe, que la vanidad y el interés personal no entraron para nada en su memorable empresa y que él buscó la gloria de Dios más bien que su propia gloria. Despues de treinta y cuatro dias de una navegación penosa, durante la que corrió su vida tantos riesgos, hallándose al fin á vista de la nueva tierra que había ido á buscar á través de tantos trabajos y tantos dolores, se vió sorprendido por un huracán tan fuerte, que la memoria de los hombres no había conocido jamás otro semejante, y que cayendo con una horrible violencia sobre sus naves, las iba á sumergir. Los mástiles se habían roto, las velas se habían destrozado y todo anunciaba un naufragio inevitable. En medio de los gritos desesperados de los marineros aterrados, en medio del abatimiento y la aflicción de todos, Colon no perdió su serenidad ni su valor; y no viendo otra cosa en aquella tempestad repentina y de un género absoluta-

que, por medio de su heroica empresa, recibieron el beneficio de la fe. Pero, como ya hemos visto, Colon sólo encontró el espíritu de una mujer capaz de leer su propio espíritu y de ver en él lo que el espíritu de ningún hombre había visto; Colon sólo encontró en el corazón de una reina los auxilios y los socorros necesarios á su grande misión, que tantos Reyes le habían negado. Y en verdad que la gran mujer, la gran reina, que la Historia designa con el bello y glorioso título de *Isabel la Católica*, era la única digna de comprender el pensamiento tan católico de Colon y de ayudarle á realizarlo. Nada, pues, nos impide de considerar también á esta sublime matrona como el misionero y el apóstol del Nuevo Mundo. Se ve, pues, que el más grande acontecimiento que cerró la Edad Media, y dió principio á la nueva época de los tiempos modernos, fué imaginado por un gran hombre y realizado por el concurso de una gran mujer. De este modo la mujer católica, en la persona de Isabel la Católica, contribuyó al principio de los tiempos modernos, lo mismo que lo ha hecho siempre, á la propagación del Catolicismo. Esto consiste en que en cuanto concierne al Catolicismo, la mujer católica, por su instinto de fe y por su corazón, discurre mejor que el hombre con las luces de su ciencia y de su entendimiento.

mente nuevo, que los últimos esfuerzos de Satanás para impedirle que fuese á destruir su antiguo imperio en aquellas comarcas, dijo á su gente: «Nada temais; vais á ver que esto concluye al momento.» Y sacando su espada, con el tono majestuoso é imponente de la voz de Dios, que le inspiraba, dijo: «En el nombre de Dios, Redentor y Señor del universo, te mando, Satanás, que te retires y me dejes el paso libre, para que vaya á enarbolar su cruz en esas tierras.» Al mismo tiempo que pronunció estas palabras hizo con su espada tres grandes cruces sobre la horrorosa nube que iba á sumergir sus naves, y en el instante mismo el viento cesó como por encanto, el mar se apaciguó, la borrasca desapareció y el tiempo se serenó completamente, de modo que pudo arribar á las islas y tomar posesión de ellas.

§ LVII.—Prosiguen las grandezas de Isabel la Católica.—Fernando, su esposo, no era otra cosa que el ejecutor de sus grandes pensamientos.—Sus cualidades militares en la guerra contra los moros, á quienes arrojó de toda España.—Retrato del cardenal Jimenez de Cisneros.—Lo que la España y la Europa deben á Isabel por haber conocido y hecho valer á este hombre extraordinario.—Los tres hombres más grandes de la época sostenidos por ella y menospreciados por el rey Fernando.—La conquista de Oran, y su importancia.—Magnífico retrato que muchos grandes historiadores han hecho del alma sublime y santa de *Isabel la Católica*.

Pero su cooperación al descubrimiento del Nuevo Mundo no es el único mérito que recomienda altamente á Isabel la Católica al reconocimiento del Catolicismo, de la Iglesia, de España, de Europa y del mundo entero.

Ya hemos visto que en la época de los emperadores, y más aún en la Edad Media, los reinados de la mujer católica eclipsaron la gloria y el esplendor de los más grandes reinados de los hombres. Lo mismo ha sucedido en los tiempos modernos. El reinado más fuerte, más poderoso y más glorioso de estos tiempos ha sido ciertamente el de los Príncipes de España á fines del siglo xv y á principios del siglo xvi; y este reinado fué tan grande y tan admirable por la piedad y el genio de una mujer: Isabel la Católica.

Fernando V, su esposo, era hijo de Juan II, rey de Aragón, é Isabel era hija única de Juan II, rey de Castilla. Su matrimonio, por consiguiente, reunió los Estados de Aragón á los de Castilla, pero sin confundirlos. Fernando é Isabel estaban íntimamente unidos como esposos, pero como príncipes gobernaban separadamente los dos reinos. Pero habiéndose manifestado despues en todo su esplendor el genio gubernamental de Isabel por el modo con que gobernaba sus pueblos, conoció Fernando que no podía hacer cosa mejor que seguir la gran política de su admirable esposa en el gobierno de sus propios Estados; y bien pronto los dos reinos no formaron más que uno solo, en el que no hubo más que un solo soberano, de derecho y de hecho, que fué Isabel. Todas las empresas que ilustraron el reinado de estos príncipes fueron pensamientos magníficos del sublime talento de esta gran matrona, y se llevaron á efecto por su dirección, por su firmeza y por su valor.

Fernando no tenía más que la ejecución, é Isabel era quien